

lorosa del rey de los franceses. Un mes de esta tragedia era pasado, y el encargado de negocios de la Francia aun existia en Madrid sin que hubiese sido despedido: él pidió los pasaportes.

Aconsejaba, en fin, *ver si acaso la Francia por su interés podia moverse á procurar con sacrificios la neutralidad de nuestro gabinete.* Pero neutral de hecho se mantenía la España, cuando en lugar de buscar por sacrificios la conservacion de aquel estado, exigió la Francia con imperio y amenazas un tratado de neutralidad y ademas el desarme, sin desarmar del todo la república. Resistiendo la España, lo primero por su honor, lo segundo por su propia seguridad, ajustar aquel tratado indecoroso, y neutrales nosotros todavía de hecho, nos declaró la guerra la república. *He aquí el caso de combatir hecho ya necesario.* Si dió el conde mas consejos, si aun, las cosas en tal extremo, queria la paz por cima de ellas y deshorrar la España, no lo dice el relato. ¿Cómo pues el autor de este escrito se permitió afirmar que el partido de la guerra prevaleció contra los consejos del conde? Y si éste fué el autor, ¿cómo podrá explicarse haber callado tantas cosas esenciales que le eran conocidas, la negociacion que el mismo habia empezado y despues fué seguida, la mediacion ó intercesion amigable de Cárlos IV, el desprecio con que fué mirada, los baldones con que la trataron? ¿De tan mala fé escribió el conde que callase unos hechos tan importantes á la historia? ¿No es

mas justo inferir que el relato fué forjado, y que el fingidor del escrito ignoraba estas cosas?

Esto por una parte: he aquí por otra. En el resumen literal que produce Muriel del discurso del conde, dice éste lo siguiente: « Aunque debiese ser, » sin duda, mucho mas agradable al rey de España » ver á la cabeza del gobierno francés un príncipe » de su familia, esta consideracion no podia ser bastante para decidirle á comprometer la salud del » estado, como habria de suceder si se sufrían reveses » que eran probables, *visto hasta que extremo se » habia omitido prepararse convenientemente para » aquella guerra* (1). » Si el relato de este escrito era suyo, ¿ contra quién hablaba el conde? ¿ No habria sido contra sí propio, y en mi favor enteramente, que al sucederle en el ministerio, nada hallé preparado para hacer la guerra, y que organicé en pocos meses tres ejércitos que se coronaron de laureles? ¿ No es mas propio decir que el autor del relato, ignorando todo esto, clavó al conde?

2.º Renglon seguido, en el mismo texto del discurso se hace decir al conde: « La campaña precedente ha sido desgraciada (2); » y he aquí al contrario, esta campaña fué dichosa. ¿ Quién mintió de esta suerte? No pudo ser el conde; ¿ cómo podia ha-

(1) Pág. 62 y 63.

(2) Pág. 63.

ber dicho tal cosa en el consejo sin que todos lo desmintiesen? El que mintió fué otro, el que forjó el escrito sin saber la historia de aquel tiempo, confundiendo la primer campaña gloriosísima con la segunda, posterior al discurso, que fué adversa.

Poco mas abajo en la misma página se supone que dijo el conde: «Un gran número de nuestros nuevos soldados se han alistado voluntariamente por resultas de los sermones que han oído, ó por la vanidad de leer sus nombres en la Gaceta (1); *pero falta mucho para que su calidad corresponda á su número.* Al momento que han dejado sus ciudades ó sus lugares, y luego que han gastado el dinero de su enganche, su ardor se calma, y su entusiasmo se resfria.» No, yo lo afirmo, el discurso del conde no contuvo tal denuedo contra aquella juventud valerosa que alcanzó tantas victorias: la mayor parte de sus triunfos los ganó á la bayoneta. Era imposible hablar de tal manera contra hechos positivos, notorios y recientes que deponían en contrario de las ruines insinuaciones que se atribuyen aquí al conde. Lo que este dijo fué tan solo que era de temer que el ardor de la nacion por la guerra se llegase á entibiar y que faltasen los recursos.

(1) Los nombres de los alistados no se ponian en la Gaceta: el que escribió el relato lo supone. Véanse las Gacetas de aquel tiempo: solo se anunciaba en ellas el número de los voluntarios de cada pueblo.

¡Cosa rara, que yo mismo tenga que defenderle contra la ineptitud de sus amigos officiosos!

3.º Todavía en la misma página se hace decir al conde esta simpleza: « Los franceses conocen bien » nuestras fronteras, y se aprovecharán de este conocimiento para atacarlas y penetrar entre nosotros. » ¿Qué intentó decir en esto? Porque visto es que todas las naciones conocen bien sus fronteras, y que podrán atacar del mismo modo á sus vecinos, si tienen fuerza para hacerlo. « Los franceses tienen » la ventaja de conocer nuestras fronteras: temamos » pues, porque podrán aprovecharse de este conocimiento, y con él les será fácil invadirnos. » Ni mas ni menos es la cabida y el concepto de esta idea. Si es verdad que un argumento de esta fuerza se contenia en la relacion, por piedad debió callarle el autor de la nota. ¡Qué sandez de quien quiera que hubiese sido el autor del manuscrito! De la parte del-resumista que la adoptó en su nota pretendiendo elogiar al conde.... ¡qué desdicha de juicio!

Basten por muestra este corto número de lugares que he citado. Los que lean la nota entera hallarán allí por millares las contradicciones, las bobadas, las rarezas, las futilidades, y por cima de todo esto un continuo baturrillo de ideas mal embastadas, donde hasta el estilo y hasta el francés en que Muriel lo ha puesto es miserable. Ni el discurrir del conde, ni su estilo, tenían nada de primoroso; pero sin ver su letra, dudaré siempre que sea el autor de tal *barbulla*.

Mucho mas me hacen dudar las mentiras que contiene, porque en punto á los hechos que refiere con designio de agraviarme, todo es falso, todo inventado ó recogido en los corrillos; mucho mas falsa todavía y mucho mas agena de cualquiera que tenga honor escribiendo, es la suposicion inicua de que hice frente al conde acusando sus doctrinas y pidiendo un proceso contra ellas. Sea quien fuere el autor de esta ruin impostura, yo le doy por respuesta el *mentiris impudentissime* (1).

En verdad seria curioso encontrar el origen de ese escrito y llegar hasta el falsario si con efecto no es del conde. Mas cualquiera que sea el autor de este pretendido documento, aun cuando fuese el mismo conde, yo me encuentro con derecho de acusar la ligereza y la falta de crítica con que el presbítero Muriel lo ha adoptado desluciendo con él una obra grave. Si el manuscrito que le confiaron fué una simple copia, le sobran motivos, por el contexto de esta pieza, para dudar que fuese auténtica. Si era un original de la letra del conde, no le faltaba luz

(1) Es muy poco texto, para mentir á su sombra, un papel sin mas autoridad que la de hallarse en la coleccion de manuscritos del duque Melgarejo. Despues de esto si la tal relacion fué con efecto escrita por el conde, yo le opongo la mia, que á lo menos tiene igual derecho para ser creida, mucho mas siendo tan conforme con los hechos de aquel tiempo como aquella discorde de ellos.

al abate Muriel para discernir los errores y las contradicciones que ofrecia aquel escrito; y á ley de historiador, ya que tuviese empeño, ó tuviese interés en publicarlo, le debió acompañar de algunas precauciones ó advertencias que probasen su buena fé, ó á lo menos su talento y su buen juicio. Pero no fué así; tuerto ó derecho, tal cual lo encontró, siendo, á mas, relacion de un enemigo mio, que por solo este motivo, aun bien escrita debia inspirar desconfianza, la recibió con avidez, la bordó de su mano, se incorporó al ataque y la propuso á sus lectores por *documento auténtico, por noticia positiva y rectificacion de un hecho histórico*. ¿Me han faltado motivos de quejarme y de impugnarlo?



CAPITULO XXII.

Continuacion de la guerra. — Campaña de 1794.

Paso á una nueva série de sucesos, presentando el cuerpo á mis contrarios sobre un terreno donde me creerán mas flaco, porque la fortuna, que desamparó en todas partes las armas aliadas, no exceptuó las nuestras de los quebrantos de aquel tiempo. Luego se cumplieron, dirán algunos, las previsiones del prudente conde de Aranda que aspiraba á librar su pátria de estos riesgos. Se cumplieron sí, no del

todo, sino en pequeña parte, muy pequeña con respecto á España; se cumplieron muchos trabajos que ninguno creyó imposibles, pero trabajos necesarios para el honor de un gran pueblo que no podia cejar en aquel tiempo de la lucha comenzada sin degradar su nombre, esculpido, de siglos, entre los pueblos inmortales; se cumplieron muchos trabajos, pero trabajos que evitaron otros mayores soportados por los pueblos que esquivaron aquella guerra, tales como Génova, Venecia y la Suiza; se cumplieron muchos trabajos, pero se hizo ver á la Francia, para mucho tiempo, que la España podia sentir y padecer los reveses de la guerra, pero no transigir con la ignominia, no temer las armas de quien quiera y como quiera que fuese su enemigo, no doblar su cabeza en ninguna circunstancia á la opresion del extranjero.

¿Fué temeridad, fué arrostrar una empresa desatinada, fué algun punto de honor mal entendido el seguir aquella lid por buscar el reposo de la Europa? ¿No habia motivos de esperar el buen éxito de las armas coligadas, y la fortuna de las nuestras? Nadie ignora cuáles fueron los planes y los armamentos formidables que la coalicion preparaba en la Flandes. Tropas superiores con mucho en número y en disciplina amenazaban la destruccion del ejército de Pichegru, mas de la mitad de tropas nuevas, mal armadas y mal vestidas. La Vendée amenazaba al mismo tiempo como un gigante de cien cabezas y

cien brazos : en los Alpes se reforzaba el ejército austro-sardo. Cuanto á nosotros, bien cubiertas nuestras fronteras del Aragon, de Navarra y las provincias vizcainas, nuestras tropas mantenían su izquierda por aquel lado en el suelo de la Francia; y el ejército de Cataluña ocupaba en la tierra enemiga toda la extension que riega el Tech sobre una línea de puestos fortificados que seguian hasta el mar por la ribera izquierda. Cuarenta mil voluntarios habian partido á rellenar nuestras filas; el material de guerra recibia aumentos increíbles; la lealtad española respondia con devocion generosa á los esfuerzos del gobierno. Demas de esto el Portugal prometia nuevas tropas. No era, repito, temeridad seguir la guerra bajo tal concurrencia de medios y de esfuerzos combinados por todas partes. Desertar de la alianza en semejantes circunstancias para transigir con los hombres que deshonoraban la Francia y deshonoraban nuestro siglo con su atroz sistema de subversion y de trastorno dirigido contra todos los gobiernos, habria sido tal suerte de cobardía y vileza que le podrian cuadrar todos los nombres oprobiosos que se habria querido darle. Yo sabia ademas, por correspondencias ciertas, que se acercaba el fin al dominio de tales hombres, que la opinion en Francia removia ya los ánimos contra el poder anárquico, que la reaccion estaba pronta y que á pocos reveses que sufriera la Francia en la campaña que iba á comenzarse, la crisis saludable que debia sacudir la tiranía de-

cemviral no podia menos de operarse. ¿Qué español, qué hombre de honor, qué ministro, cuál de mis propios euemigos en el caso en que yo me hallaba, habria seguido distinta línea de conducta? ¿Y quién obrando de otra suerte habria afrontado impunemente la opinion general en España y en la Europa?

Mal modo de argüir: la fortuna de las armas no correspondió á los esfuerzos de las potencias coligadas; luego la guerra fué impolítica, luego la coalicion fué necesidad, luego el príncipe de la Paz cometió una gran falta en haber apoyado aquel sistema y seguido la guerra por mas tiempo, son consecuencias que no caben sino en la lógica vulgar que calcula el valor de toda empresa, sea cual fuere la esperanza de un buen logro que ella ofrezca, por el suceso bueno ó malo que ha tenido. Pero la mayor injusticia fué el hacerme á mí un pecado particular de la parte que tocó á la España en los reveses de aquella misma lucha donde todas las potencias coligadas los sufrieron, no diré igualmente, sino en proporcion desmedida con los nuestros. Al decir de mis enemigos, si la España sufrió quebrantos en sus armas, yo fuí la causa de ellos, porque era yo el ministro; mas si á esto va, puesto que los quebrantos se sufrieron por todas partes, los ministros ingleses, los del Imperio, los de Prusia, los de Holanda, los de Cerdeña, y sucesivamente los de Nápoles y toda la Italia, cada cual debió ser bajo el mismo respecto tan culpable como á mí han querido

hacerme. Y aun por justa ilacion , si el valor de tal culpa debe ser apreciado por los reveses y las pérdidas que sufrió cada estado, yo fuí sin duda el ministro mas dichoso y á quien menos cargo podria hacerse, pues que de todas las potencias que concurrieron á la guerra , ninguna sufrió menos que la España, y ninguna sino ella sola logró sacar á salvo en fin de fines la integridad total de sus dominios. No es mi intencion rebajar ningun merecimiento; hablo solo por defenderme y demostrar la injusticia de mis acerbos detractores : donde todos participaron de la desgracia de los tiempos , es parcialidad , es encono , es prurito de calumniar pretender atribuirme la porcion diminuta de estos males que le tocó á la España por su lado. ¿Tenia yo acaso un privilegio para amarrar la victoria á nuestras armas? ¿Quedó por mí, ni quedó por los bravos generales elegidos por el gobierno, que se prosiguieran los triunfos alcanzados en la campaña precedente? ¿Descuidó el gobierno algun medio de sostener la moral, el valor, la emulacion y el poder de los ejércitos? ¿Les faltó alguna cosa en armas, en subsistencias, en socorros, en premios, ni en ninguna otra suerte de estímulos honrosos? ¿En el cuerpo de generales fué visto por ventura mantener el gobierno á ningun gefe á quien faltára el aprecio, la opinion y la confianza del soldado? ¿Y asistidos como se hallaban nuestros ilustres generales de toda suerte de instrucciones y de avisos que les procuraba el gobierno, les faltó nun-

ca la libertad de obrar segun sus luces y mejorar los planes ó cambiarlos, segun las circunstancias variables que podrian ofrecer los sucesos de la guerra? ¿Quién de ellos se quejó ni halló motivos de quejarse, de restricciones, de caprichos, ó de obstáculos y embarazos que procedieran de la córte? Nunca fué vista mas franqueza ni relaciones mas sinceras entre el gobierno y los gefes á quien aquel prestó su confianza: todo fué preparado, todo fué dirigido de un mismo acuerdo mútuo y de confianza. Si con tantos motivos de esperanza de una nueva campaña mas gloriosa, fueron menos felices nuestras armas, ¿pudo darse otra causa para este cambio repentino que fuese diferente de la que en todas partes produjo igual mudanza de fortuna? ¿De tantos aliados que concurrieron á la guerra hubo alguno, por mas sábio, por mas cuerdo, por mas fuerte, ó por mas diestro, que se librára de igual suerte?

Seis meses mas que ellos conservamos nuestras banderas sobre el suelo de la república: nuestro primer quebranto en primero de mayo (1) fué pre-

(1) La pérdida del campamento del Boulou y de las líneas del Tech. La muerte nos habia arrebatado en 13 de marzo al excelente general Ricardos. Para reemplazarle fué nombrado el mismo general que en los postreros dias de su vida aconsejó Ricardos al gobierno que pusiese en lugar suyo, el conde de Orreilly, su antiguo camarada de ar-

ludiado en abril, á la parte del norte, por la derrota del general Clairfait en los Molinos de Castel y por la pérdida de Menin que se siguió tras de aquella; á

mas, que participó con él á principios de su carrera de muchas glorias militares, como tambien de su desgracia en la córte en los dias de los ministros conde de Florida-blanca y conde de Llerena. Puesto en camino para Cataluña, la muerte nos le arrebató de igual modo que á Ricardos. Dióse entonces el mando al conde de la Union, que bajo de este último habia ofrecido grandes esperanzas.

El general Dugommier, que acababa de tomar el de las tropas republicanas, consiguió distraer una parte de las fuerzas españolas por medio de falsos ataques en los últimos dias del mes de abril. El 1.^o de mayo acometió toda la línea y á costa de una inmensa pérdida logró tomar, despues de seis horas mortales de combate, los formidables reductos de la Trompeta y Montesquiou, en que estribaba la principal defensa del campo del Bolou. Don Alfonso Arias en la Trompeta, y don Francisco Javier Venegas en Montesquiou, se defendieron con heróico esfuerzo por mas tiempo del que permitia la superioridad numérica de las fuerzas enemigas. Este último cuando llegó el momento de retirarse tenia dos heridas de gravedad, y salió en los brazos de los soldados. En tal desgracia no quedaba mas recurso que una pronta retirada; pero Dugommier ocupaba la calzada de Bellegarde, y fué preciso tomar el camino estrecho y penoso de Murallas donde se perdió mucha parte de la artillería. Se salvaron los equipages y el tesoro del ejército. Los que ocuparon los puestos avanzados del Pla del Rey, no pudiendo llegar con tiempo, fueron prisioneros hasta en número de ochocientos: nuestros enfermos fueron todos trasportados. El general por sus eficaces disposiciones logró reunir otra vez el ejército y cubrir á Figueras.

la parte de Italia, por la pérdida de Oneilla, de Garesio, de Ormea, de Saorgio, Rocabigliera, San Martin, el monte Valesano y el pequeño San Bernardo. Diez y ocho dias despues, la terrible batalla de Tourcoing, donde el duque de York pudo apenas salvarse corriendo á uña de caballo, donde el príncipe Cobourg fué enteramente derrotado; donde el emperador de Alemania, que habia venido á alentar las tropas con su presencia, de las alturas de Templeuve tuvo el dolor de verlas desbandadas; donde el famoso plan *de destruccion* combinado en Tournay, con que se prometian los aliados terminar la campaña, quedó desbaratado enteramente.

Mientras sucedia tal desgracia en la Flandes, nuestros valientes que guarnecian las fortalezas de San Telmo, de Port-Vendres, y Colliuvre, no las volvian de balde al enemigo. Asediados por Dugommier, ocupadas todas las gargantas de los montes, y cerrados por todas partes los caminos, no consintieron entregarse sin que el honor de las armas españolas fuera salvado á todo trance. Es de contar que ocho mil hombres que componian apenas la guarnicion de los tres puntos, ejercitaron muchos dias la paciencia del fogoso general republicano que intimaba la rendicion con treinta mil soldados disponibles; es de contar que el pequeño fuerte de San Telmo obligó á Dugommier á romper un camino de dos leguas para conducir el tren de sitio contra el mismo castillo que ganaron los españoles

sin mas armas que bayonetas y fusiles; es de contar que el diez y seis de mayo por la noche se arrestaron aquellos bravos á embestir el Puy llamado de las Dáynas donde mandaba Dugommier en persona, que subieron á la trinchera y el ataque fué tan violento y tan osado que el general francés fué herido y por poco no es prisionero. Sus granaderos le salvaron á duras penas; muchos de ellos murieron á su lado. Nuestros valientes clavaron dos cañones y se volvieron casi ilesos al castillo. Abierta ya la brecha, pero negándose á capitular, sostuvieron el fuerte hasta que fué imposible resistir al vivo fuego que llovía sobre ruinas amontonadas. Hasta entonces no abandonaron el castillo, y evacuado Port-Vendres, que no ofrecia medio alguno de defensa sin tener á San Telmo, se retiraron á Coliuvre.

La defensa de esta plaza, dominada como Port-Vendres por San Telmo, y embestida de todas partes por el grueso del ejército enemigo, era imposible enteramente. Quedaba solo el mar para evitar rendirse, pero los elementos combatian tambien en contra nuestra; la escuadra que salió de Rosas bajo el mando del general Gravina luchó en vano contra el temporal deshecho que impidió la arribada en los momentos decisivos. Fuerza fué capitular, mas como convenia al honor de nuestras armas. La guarnicion obtuvo los honores de la guerra y salir por tierra para España, convenida la condicion de volver á la Francia igual número de sus soldados prisione-

ros. Hubo mas, hubo un rasgo digno de ser guardado en eterna memoria, porque la lealtad española, antes de estipular aquel convenio, retardó de intento algunos dias y sufrió todo el rigor del bombardeo que de parte de mar y tierra abrasaba á Coliuvre, solo por libertar los emigrados que debian perecer si se entregaban, puestos por la república fuera de toda ley. El valor y la industria aprovecharon una noche favorable, y lograron sacar á salvo en barcos pescadores los valientes militares que quedaban de la legion francesa de la Reina (1).

Dos meses se siguieron, en los cuales nuestra larga frontera presentó una série continua de combates donde la fortuna mostró su mano incierta, donde triunfamos muchas veces, donde perdimos pocas, donde las ganancias y las pérdidas no importaron ni una milla de terreno, siempre en lucha de nuestra parte contra fuerzas superiores con que se acrecia el enemigo. A primero de agosto menos dichoso para España en la parte de Guipuzcoa, fué ocupada Fuenterrabía por las armas francesas; los combates del valle de Bastan y del campo de San

(1) El teniente coronel don Francisco Amoros, que se habia distinguido altamente en el furioso y temerario ataque de las trincheras del Puy de las Daynas, adquirió un nuevo merecimiento en aquella ocasion por haber sido quien preparó y ejecutó todas las medidas y diligencias por las cuales fué salvada la legion francesa. Todo París conoce á este militar benemérito.

Marcial fueron funestos á las nuestras. La victoria empero no la alcanzó el enemigo sino á costa de mucha sangre derramada. Los franceses pagaron bien aquellos triunfos en las gargantas de Arizcum y en el peñon de Comissary defendido por el bizarro Cagigal hasta el postrer extremo, una y mas veces rechazadas con espantosa mortandad las columnas enemigas que atacaban por todos lados á un puñado de valientes. Nuestra retirada dejó memoria de los bravos regimientos de Ultonia, de las guardias walonas y el provincial de Tuy, que con algunos escuadrones de Farnesio y Montesa y con la brigada de Úbeda, salvaron nuestra izquierda é impidieron al enemigo completar su victoria. Mientras que cubrian estos cuerpos con heróico esfuerzo á nuestras tropas, los que en Oyarzun tenian la órden de volar los repuestos de la pólvora, mal avisados, les prendieron fuego al mismo tiempo que pasaban por delante aquellos militares generosos. Un buen número de ellos pereció en aquel trabajo, nadie empero de los que quedaron aceleró su marcha, ni abandonó su formacion, ni olvidó al enemigo. Este rasgo inmortal fué consignado en sus banderas.

Yo he contado nuestros reveses hasta fin de julio y principios de agosto. ¿Fueron mas felices los aliados á la parte del Norte? Desde junio cada dia fué una pérdida; muchos de aquellos dias, otros tantos desastres. En 13 de junio, la derrota de Clairfait en

Hooghlede; en 18 la pérdida de Ipres; en 23 la de Charleroy; en 26 la batalla de Fleurus que dió otra vez la Bélgica á la Francia y afirmó la república; en primero de julio, la pérdida de Ostende; en 15 la ocupacion de Louvain y de Malinas; en 16, la reconquista de Landrecies por las armas francesas; en el mismo dia, la evacuacion de Namur sin aguardar los Austriacos á que fuese embestida; en 19, la rendicion de Nieuport; en 27, la de Amberes y de Lieja; en 28 finalmente la conquista por los franceses de la isla de Casandria con sus dos dependencias de Breskens y el Bieroliet. ¡Cuán pocas fueron en aquellos dos meses nuestras pérdidas, comparadas á estas pérdidas inmensas!

Siguió agosto, y á la rendicion de Fuenterrabía, fortaleza de tercer orden, se añadió á pocos dias la deplorable y torpe entrega de San Sebastian, á que siguió despues la ocupacion de Tolosa, ciudad abierta, capital de Guipuzcoa. He aquí todas las ventajas de las armas francesas por aquella parte, donde hicieron mucho con lograr acamparse, conservar sus nuevas posiciones, y emprender correrías en los contornos. La Vizcaya se armó en masa: los franceses no adquirieron en dos meses mas terreno sobre el que habian ganado, mas por astucia que por armas (1).

(1) La toma de San Sebastian no fué un hecho de armas. Los manejos péfidos con que el convencional Pinet

En los Pirineos orientales, restablecido nuestro ejército y acampado por delante de Figueras no tan solo afirmó sus líneas de defensa, sino que aumentadas sus fuerzas, tomó de nuevo la ofensiva. Junio y julio no ofrecieron sino ataques de puestos de la una y otra parte, donde casi siempre las ventajas fueron nuestras, sobre todo en Llers, en la hermita del Roure, en los llanos del Llobregat, en Vilarnadal, en Basagoda y en el campo del Príncipi, en la Cerdaña, en Masarach, en San Clemente, en Mollet, y otros mil puntos diferentes. En agosto, un ataque general emprendido por nuestro ejército desde Cam-

logró seducir y exaltar los ánimos de unos pocos guipuzcoanos, prometiendo erigir la provincia en república independiente, promovieron aquella entrega lamentable bien á despecho de la valiente guarnición que ardia por defender la plaza y tenia todos los medios de defenderse largo tiempo. El alcalde Michelena de infame memoria, y otros varios notables de la ciudad, fascinados por las promesas de una libertad ilusoria, bien distinta de aquella que le daban al país sus antiguos fueros y exenciones, fueron tristemente infieles á su pátria. Pero no tardó el escarmiento, cuando intentadas realizar las ofertas de Pinet por algunos diputados del país que se reunieron en Guetaria, el feroz procónsul los mandó arrestar y juzgar como rebeldes. Varios de ellos fueron ajusticiados, y á todos les quedó la pena de haber vendido su país y facilitado al enemigo una base de operaciones sin la cual no habrían podido mantener su irrupcion en España. Despues salian en turbas los guipuzcoanos de los pueblos que ocupaban los franceses, y se unian á los valientes de la Vizcaya y la Navarra.

predon hasta el mar para romper las líneas del ejército enemigo y socorrer á Bellegarde, asombró á los franceses. La victoria fué nuestra algunas horas en San Lorenzo de la Muga, punto principal del ataque; mas reforzado el enemigo y tardada en llegar á la hora y punto de completar la accion una columna de las nuestras, recobró aquel sus posiciones y se frustró aquella empresa casi cierta. Nuestras tropas se retiraron en buen orden: los franceses tuvieron muchas pérdidas. El general republicano Mirabel, que condujo el refuerzo y restableció la batalla, perdió la vida en ella; muchos oficiales superiores tuvieron igual suerte. De entre los generales resultaron heridos Lemoine, Suaret, y el famoso Augereau. El combate obstinado de la garganta de Terradas que ganó el valiente Courten se empeñó á la bayoneta. El mismo dia en Cantaloup se cubrieron de gloria los generales Belvis y Taranco. Dos dias despues el general francés, mal seguro de su fortuna en otro ataque semejante que podria intentarse, abandonó á San Lorenzo de la Muga, la Magdalena y la montaña de Terradas: despues se retiró á la otra parte del rio Mouga y acortó su línea. El conde de la Union ocupó aquellos puestos y adelantó la suya, ¡hubiera Dios querido que lo hiciera con mas tino y con mas ciencia (1)!

(1) Todas las demas acciones hasta mediados de noviembre fueron solo parciales, ya ofendiendo al enemigo,

Mientras sucedian estas cosas por el lado de España, en la parte del Norte, en solo el mes de agosto, Tréveris fué ocupada el dia 8, Quesnoy fué tomada el 16; en 25 fué ganado sobre la Holanda el fuerte de la Esclusa; en 27 fué reconquistada Valencienes, y en 29 cayó Condé, la postrera plaza que

ya respondiendó á sus ataques sin perder terreno, antes sí avanzando. Las mas distinguidas para nuestras tropas fueron la de las alturas de Cammani, y la de los Barrancos de Viure. Una sola, la de Monroc, estuvo cerca de ser funesta á nuestras armas. Las partidas avanzadas que caminaban por alturas inexpugnables y se extendian mas allá de las órdenes que llevaban, á los tiros de un batallon de los franceses que ocupaba la falda opuesta se dejaron sobrecoger de un terror pánico que cundió á la columna del ataque. El general Taranco que marchaba á su frente, los demas gefes y los oficiales se quedaron desamparados, y el enemigo, que intentaba solo defenderse, aprovechó la ocasion y cargó por el flanco á nuestras tropas. El conde de la Union á la vista de aquel peligro dió la órden á mi hermano don Diego de Godoy de avanzar con la reserva para cubrir la retirada y contener al enemigo. La acometida de éste fué tan rápida y violenta, que la columna enemiga, persuadida de que el desórden que habia notado en nuestras tropas fué fingido para atraerla y rodearla, sufrió un pánico semejante y se arrojó á la fuga sin dejar lugar al alcance.

A los que huyeron de los nuestros y causaron el desórden, el conde de la Union los privó de uniforme, y los puso en partida separada del ejército hasta que ganasen el honor que habian perdido. Pocos dias bastaron para que á fuerza de hazañas cotidianas recobrasen sus uniformes y obtuyesen muchos de ellos otros premios.

quedaba á los aliados en las fronteras de la Francia. Entre tantas potencias coligadas, una sola, por la lealtad y constancia de sus tropas y por la noble emulacion de honor y gloria que mantenía entre ellas el gobierno, una sola, como por muestra de las viejas prerogativas de sus armas, conservaba todavía en aquella fecha, y conservó todavía en su poder por tres semanas una llave preciosa de la Francia. Esta potencia era la España. Perdidas en junio las fortalezas de San Telmo, de Port-Vendres y Colliuvre, Dugommier bloqueó á Bellegarde. En quince meses de posesion, no tan solo reparó la España sus ruinas, sino la mejoró y le añadió defensas formidables. El general francés, fuera que quisiese ahorrar mucha sangre que le debía costar embestir aquella plaza, fuera tambien que prefiriese recobrarla tal como se hallaba y volverla entera á la Francia, estableció el asedio solamente. Treinta mil soldados rodearon por todas partes sus avenidas, y otro ejército de diez mil hombres formó el cuerpo de observacion. El conde de la Union, por mas que lo intentó muchas veces, no alcanzó á socorrerla. Ningun aviso, ninguna noticia, ninguna correspondencia pudo llegar de nuestra parte á aquella plaza; los valientes que la guardaban no tenían de quien saber la verdadera suerte de la guerra en nuestros campos: su esperanza la cubrían las tinieblas de aquel desierto armado: ¡soledad gloriosa del honor, mucho mas grande y meritoria, á cierta vista, que arros-

trar el peligro de un instante, al dia claro, en los combates!

Mientras tanto el hambre y las enfermedades ejercitaban allí largamente la perseverancia española: desde fin de julio no tenia cada hombre sino la cuarta parte de una racion comenzada por los gusanos: rematados ya los arbitrios de esta larga cuaresma de la pátria, no quedó animal inmundo que no sirviese de regalo á aquellos dignos militares. Esto y todo fué acabado: pasó junio, pasó julio, pasó agosto, pasó una parte de setiembre, hasta que en fin el 18 fué preciso capitular y entregarse. El ilustre marqués de Valsantoro era el gobernador de aquella plaza.

La convencion francesa decretó una gran fiesta nacional por la toma de Bellegarde, última posesion del extrangero en el suelo de la república. Este honor cupo al menos á la España en la mala fortuna de aquel tiempo: Landreci se rindió á los quince dias de sitio; Quesnoy cedió á los veinticuatro, Valenciennes á los nueve; Condé á los tres dias tan solamente; Bellegarde... á los tres meses, con menos esperanza de socorro en tanto tiempo que ninguna otra plaza de la Europa. España en fin fué la postrema, entre todos los aliados, que soltó presa al enemigo.

Esta fué, al fin, la sola pérdida que hicieron nuestras armas en setiembre y en la primera mitad de octubre, mientras los ingleses, derrotada su van-

guardia en Boxten á 16 de setiembre, evacuaban á toda prisa la ribera izquierda del Mosa, y dejaban á descubierto las importantes plazas de Breda, de Bois-le-Duc y de Bergopzoom: mientras los austriacos atacados á un tiempo en Esneux, en Sprimont y en la ventajosa posicion de la Cartuja, se replegaban sobre Juliers en completa derrota; mientras en 22 del mismo mes ocupaba Jourdan la ciudad de Aix-la-Chapelle; mientras el 21, por la parte de Italia, el general Dumberbion batia en Cairo los Austro-Sardos; mientras diez dias despues el formidable campo de Juliers era forzado en Aldenhoben; mientras la guarnicion de Juliers, desaparecidos los austriacos, se entregaba á discrecion á los Franceses; mientras que Macdonald tomaba el fuerte de Orthen á los Holandeses; mientras el 29 de setiembre se rendia Creveœur; mientras, á pocos dias, se rendia tambien Bois-le-Duc.

CAPITULO XXIII.

Continúa la relacion de la campaña de 1794.

Tantos y tan grandes triunfos que las armas de la república obtenian de continuo sobre los ejércitos aliados no podian menos de excitar una viva emulation en sus tropas del Pirineo. A esta emulation

se añadía el aguijón del gobierno que pedía fortalezas y provincias españolas á los que consumían su ardor en hacer marchas y contramarchas, y en atacar ó defender montañas y reductos, tan pronto vencedores y tan pronto vencidos en el corto circuito de algunas millas de terreno. Después de esto las inmensas ventajas conseguidas en el Norte permitieron reforzar largamente las falanges republicanas en los dos extremos del Pirineo. A mediados de octubre, las fuerzas enemigas que inundaban la frontera por la parte de Guipuzcoa y la Navarra, sin contar las partidas auxiliares de cazadores vascos, componían en tropa reglada sesenta y seis batallones, vieja infantería la mayor parte (1), cuatro mil caballos y tres brigadas de artilleros. El general Muller fué reemplazado por Moncey. Este tenía la orden, nada menos, que de invadir las provincias Vascongadas, ocupar la Navarra, apoderarse de Pamplona y asentar sus tiendas sobre el Ebro.

Nuestro ejército, inferior en número, pero no en valor y disciplina, ocupaba una grande línea bien trazada desde el valle del Roncal hasta el Deva.

(1) Todo el mundo oyó hablar en aquel tiempo de la columna de este ejército que fué llamada *infernal*, cuya mayor parte se componía de veteranos ejercitados en la guerra de la Vendée. Había también dos regimientos completos de la antigua y célebre guarnición de Maguncia, el cincuenta y siete y el setenta y dos. Los nuevos reclutas estaban distribuidos en diferentes cuadros de veteranos, hechos venir á propósito de los ejércitos del Norte.

Moncey, buen general, habria querido concentrarse y preparar ataques sucesivos que le facilitasen grandes golpes sin aventurar su ejército. Los procónsules del gobierno, harto bien para nosotros, pensaban de otro modo y le exigieron un ataque sobre toda nuestra línea por el frente y los flancos. La idea de aquellos hombres, nada peritos en la guerra, fué de cortar la mitad de nuestro ejército, derrotar la otra mitad, y en el tropel de la victoria sorprender á Pamplona. ¿Cuál fué el resultado de aquel plan temerario por el cual habian soñado terminar de un golpe la campaña en favor suyo? Dos dias continuos (16 y 17 de octubre) de furiosos combates, en que la sangre francesa fué prodigada sin mas fruto que ocupar algunos dias las cañadas de Roncesvalles y derribar un viejo monumento (1).

(1) Este monumento era una antigua pirámide, comida por las injurias del tiempo, que la tradicion de aquellos lugares reverenciaba como un padron de la derrota, verdadera ó fabulosa, de los franceses en aquel valle bajo el emperador Carlomagno. Los comisarios de la convencion hicieron sériamente muchas pesquisas para encontrar la *maza de Roldan* y las *chinelas* que el famoso obispo Turpin hubo de descalzarse para huir con mas presteza. Faltos de otros trofeos que enviar á París, deseaban remitir estas pobres reliquias de los viejos tiempos y acompañar con ellas su estrambótico parte á la convencion, que es curioso, y la insertaré todo entero. «Ciudadanos (decia), el ejército de los Pirineos occidentales, conseguida una victoria señalada sobre los españoles, ha vengado una injuria de alta fecha. Nuestros antepasados

Este triunfo pasagero costó á la Francia por lo menos tres mil hombres: no hubo cuerpo de nuestras tropas que no se hubiese distinguido aquellos dias por algun rasgo extraordinario de valor y destreza; ninguna bayoneta estuvo ociosa: la retirada vali6 tanto como un triunfo; todo el plan enemigo fué desecho; nuestro ejército y Pamplona fueron salvos (1).

» en los tiempos de Carlomagno fueron derrotados en el
 » llano de Roncesvalles. En memoria de aquel suceso, el
 » orgullo español habia levantado una pirámide en el cam-
 » po de batalla. Humillado ahora, en el mismo lugar, por
 » los republicanos franceses, la sangre de los españoles ha-
 » bia borrado ya los caracteres de aquel triunfo: quedaba
 » solo el frágil edificio que en este mismo instante queda
 » ya arrasado. La bandera de la república está ondeando
 » en el mismo lugar donde el orgullo de los reyes tenia la
 » suya enarbolada: el árbol fructificador de la libertad ha
 » reemplazado la clava destructora del tirano. Una músi-
 » ca guerrera y patética se ha seguido á esta gloriosa inau-
 » guracion: los manes de nuestros padres han sido conso-
 » lados, y el ejército de la república ha jurado vencer
 » para gloria del nombre francés de todas las edades, y
 » para dicha de los venideros.»

Este raro documento, digno en verdad del héroe de Cervantes, fué firmado por los dos convencionales Baudot y Garraud. Ciertamente el valor y la gloria militar de los franceses no tenia necesidad de añadir á sus laureles esta desdichada guirnalda de hojarasca, precio inútil de mucha sangre derramada; pero los diputados necesitaban ocultar y enlucir el desaire de su empresa.

(1) El honor de aquella gloriosa retirada fué debido muy particularmente á la impavidez y á la pericia mili-

Moncey sabia el peligro que correrian sus tropas en probar nueva fortuna con acciones generales, é insistia con mas fuerza en su resolucion de concentrarse. Nuestro general Colomera, siempre dispuesto á recibirle, le observaba con atencion, y sin aventurar la ofensiva, hacia estudio de consumirle en la suma penuria de recursos que trabajaba á aquel ejército. Era ya 25 de noviembre, se acercaba lo récio del invierno, y parecia ser tiempo de poner fin á la campaña: los comisarios del gobierno pensaron de otro modo y exigieron un nuevo ataque, siempre ansiando por Pamplona. De esta vez toda la izquierda enemiga fué deshecha en Ostiz, en Sorauren, en Olaya y en Haiz. Peligrando de ser cortada otra gran parte de las tropas republicanas, ordenó Moncey la retirada, y por disimular su designio, hizo una diversion sobre Vergara donde obtuvo un suceso momentáneo. La retirada fué de noche, sin tocar cajas, en silencio: los mas de los enfermos, que eran muchos, quedaron en los pueblos. En 29 de noviembre nuestras tropas ocuparon sus antiguas posiciones, apoyada su derecha en los Aldudes, en Or-

tar del teniente general duque de Osuna, á cuyo lado mereció no menos la estimacion de la pátria el bizarro comandante de Orbaiceta, marqués de la Cañada Ibañez. En Ochagavia hizo prodigios de valor la division que mandada el general Cagigal. En Cruchespil, el general francés Castelpers fué enteramente derrotado.

baiceta y en Egüy: el centro sobre Ulzama por la parte del norte; la izquierda en Lecumberry y en Arnaiz. Los franceses se acantonaron en la parte que mantenian de Guipuzcoa, en el valle de Bastan, y en San Juan de Pie de Puerto.

Tal fué el fin de la campaña en aquel punto. Menos afortunadas nuestras armas por la parte del Rosellon y Cataluña, fueron perdidas las líneas de Figueras y cayó esta plaza en poder del enemigo. El conde de la Union, arrogante y glorioso por las formidables defensas con que habia guarnecido la frontera desde San Lorenzo de la Muga hasta el mar, se preparaba á tomar con ardor la ofensiva, cuando el general Dugommier, reconocido nuestro campo, concibió el proyecto de atacarle. Por desgracia nuestra, el conde de la Union que no encontraba el fin de armar reductos y abarcar posiciones ventajosas, tanto como aumentaba aquellos puestos, otro tanto derramaba las tropas, que si bien eran numerosas, no bastaban á guarnecer en plena fuerza tantos puntos. Advertida esta falta, Dugommier resolvió aprovecharla sin hacer cuenta de la sangre que pedía tal empresa.

Tres dias mortales duraron los combates donde el general español y el general francés uno y otro cumplieron sus destinos. La primera tentativa (en 17 de noviembre), favorable algun tanto á los franceses por la parte de nuestra izquierda, les fué funesta sobre el centro. Derrotados, perseguidos y

acuchillados en sus propios reductos de Cantallops y Espolla, la victoria fué nuestra. La noche sola puso fin á la pelea comenzada á la aurora.

El diez y ocho, nuevo ataque sobre todos los puntos. El primer estreno de aquel dia fué la muerte de Dugommier en la Montaña Negra donde observaba nuestra izquierda. Una granada de obus puso fin á su carrera y á su gloria (1). Como el anterior, todo el dia fué un combate obstinado sin ningun descanso: nuestro centro, la izquierda, y una parte de la derecha se sostuvieron con un valor heróico;

(1) La muerte del general Dugommier no fué un mero acaso. El general de artillería Don José Autran de la Torre recorría las baterías de la izquierda, y cuando estaba visitando la llamada *de la Salud*, se notó un grupo de caballería en la Montaña Negra que parecia observar nuestros puestos. La distancia de aquel punto podria ser de unas mil y quinientas toesas. Don Benito Ulloa, capitán muy distinguido de artilleros, propuso al general dirigir una granada de ocho pulgadas hácia el grupo enemigo, cierto, dijo, que con la carga y con toda la elevacion que permitia un obus de aquel calibre, la granada podria llegar á su destino. El general lo dudó mucho, pero quiso ver la destreza del bizarro oficial, que al instante apuntó el obus, y dado fuego, la fatal granada, la primera que se tiró desde aquel punto, fué á caer y á reventar justamente en el lugar previsto y prometido. Pocas horas despues un desertor del campo enemigo dió noticia en el nuestro del funesto fin del general francés en la Montaña Negra, y aumentó con esta nueva la confianza y el entusiasmo de nuestras tropas.

pero cansado el enemigo de pelear inútilmente por los frentes y los flancos de las primeras líneas, se arrojó á probar fortuna en las segundas y logró forzar un gran reducto que se estimaba inexpugnable. Despues cerró la noche; y la suerte de los sucesos, á la verdad menos clara en favor de nuestras armas que en el dia precedente, por la segunda vez quedó indecisa y disputable.

El 19 fué un dia entero de inaccion. Bien tenian necesidad las tropas en una y otra parte de enterrar sus muertos y tomar algun reposo. Un momento se creyó en nuestro campo que el enemigo desistia de su empeño, sin embargo de esta esperanza, el conde de la Union tomó medidas para resistir otro ataque y concentró sus posiciones, despreciando el peligro de la espalda que el enemigo habia encentado. En su ardor y en la justa confianza que le inspiraban sus tropas le pareció indignidad disponer la retirada.

Otra cosa le aconsejára la prudencia, teniendo dobles líneas donde amparar sus tropas y auxiliar á Figueras. El dia siguiente, al alba, el general Pérignon, que sucedió á Dugommier, atacó por el centro, mientras otras columnas invadian las baterías de retaguardia y las tomaban una á una. La victoria se decidió por los franceses: nuestras tropas, á cuya frente el conde de la Union peleó y murió como un soldado cualquiera, lucharon muchas horas por contener al enemigo y conservar algunos puestos. Allí el valor fué inútil, porque perdidos ya y

ocupados los reductos de *Las del Roure, del puente de Moulins, y del campo de Liera*, la retirada era forzosa, retirada difícil y en extremo angustiosa, porque el enemigo tomó el paso de *Puig de Oriol* que dirigia á Figueras. Nuestra reunion final fué en Bácsara posicion intermedia entre Figueras y Gerona. Para colmo del mal capituló Figueras, fuerte como se hallaba, ricamente abastecida y sobrada de gente. ¿Fué traicion? ¿fué terror? ¿fué aturdimiento? ¿fué cobardía? El consejo de guerra de oficiales generales que fulminó el proceso sobre aquella torpísima entrega, condenó á muerte al comandante de la plaza y á otros tres oficiales de alta graduacion. La piedad de Carlos IV, por la duda que podia haber en la calidad de aquel delito, conmutó la pena capital en degradacion y expulsion perpetua de sus reinos y señoríos contra aquellos cuatro reos principales, manteniendo en su fuerza la calificacion de criminal é ignominiosa que fué dada á su conducta (1).

(1) El general francés Perignon á quien se rindió aquella plaza, cuando estuvo despues en España en calidad de embajador de la república, me aseguró á fé de hombre de honor, que en aquella entrega no hubo nada de compra y venta, y que fué un efecto solamente del pavor que produjeron los sucesos del 20, aumentado por las relaciones exageradas de los fugitivos, por la toma de los atrincheramientos vecinos, por el alarde que figuró á la vista de la plaza el ejército victorioso, y por las amenazas repetidas que fueron hechas de asaltar la fortaleza

A este fuerte revés, que al momento fué reparado por nosotros, correspondian otros mas graves en el norte, imposibles de remediarse. En 19 de octubre, la vanguardia del ejército inglés era arrojada por Pichegrú de los diques de Oude-Watering, mientras Jourdan, derrotada una division del ejército austriaco, entraba en Bonn y despues en Colo-

á toda costa y pasar la guarnicion al filo de la espada. «Mas con doscientas piezas de grueso calibre que coronaban sus muros, le repliqué, con diez mil quintales de pólvora y el inmenso acopio de toda suerte de proyectiles que contenian sus almacenes, con las provisiones sin cuento que allí habia de harinas, legumbres, salazones, vino, aguardiente, medicinas, y hasta artículos de lujo, con los aljibes llenos, y con diez mil hombres, ¿qué le faltó á aquella plaza para haber resistido sin ningun temor muchos meses?» El general me respondió que una sola cosa habia faltado al gobernador y á su consejo, á saber, la reflexion y la posesion de sí mismos que les quitó el terror del asalto general, amenaza imposible de haber sido realizada, pero que ellos creyeron practicable. «Ademas, concluyó, con el modo que hemos adoptado de guerrear, el suceso de Figueras no es el único en su clase que ofreció aquella campaña, sino que hubo muchos y aun mas dificiles de concebirse, como fué la toma de Namur, de Amberes, de Juliers y de Venlloo, esta última con una guarnicion superior ó á lo menos igual á las tropas que la sitiaban, sin mas fuego de parte nuestra que el de los fusiles, y con ciento sesenta piezas que tenia la plaza, los almacenes llenos y los arsenales completos. En nuestra nueva táctica, uno de los secretos que nos ha dado la victoria, y nos la dará muchas veces, es el arte que hemos hallado de aturdir al enemigo.»

nia: en 23 del mismo mes, arrojados los austriacos de las líneas fortificadas delante de Coblenza, ocupaba Jourdan esta ciudad: tres dias despues el general Laurent, bajo las órdenes de Moreau, hacia capitular á Venlloo: pocos dias antes Desaix y Meunier habian ocupado á Worms, Kirchhein, Alzey y Oppenheim. Dueños los franceses, hácia fines de octubre, de la izquierda del Rhin desde Basilea hasta Coblenza, no faltándoles ya para señorear todo el curso de aquel rio sino Maguncia, Rheinfels, y Luxemburgo, al primer amago de un sitio, en 2 de noviembre, los austriacos abandonaban al general Laurent la segunda, la importante Rheinfels (1): á 4 de noviembre capitulaba con Kleber el príncipe de Hesse y se rendia Maestricht, una de las llaves de la Holanda (2): á 8 del mismo mes, el general Souham, á presencia de treinta mil ingleses acampados en la ribera opuesta de Wahad, se apoderaba

(1) Esta fortaleza no menos segura por su ventajosa situacion que por los esfuerzos del arte, tenía una guarnicion numerosa y estaba protegida por una gran línea de baterías establecida á la orilla derecha del Rhin, con la comunicacion asegurada por aquella parte por medio de un gran puente de barcas. El comandante que abandonó aquella plaza, fué despues juzgado y condenado por un consejo de guerra.

(2) Los franceses encontraron en esta plaza trescientas cincuenta piezas de artillería, las mas de ellas de bronce, veinte mil quintales de pólvora, un arsenal copioso de todas armas, ricos almacenes, etc., etc.

de Nimega (1). Cada dia fué despues un nuevo triunfo, cada encuentro una victoria. Lejos de contener el invierno la precipitada marcha de los vencedores, les proporcionó con sus frios y con sus hielos la conquista entera de la Holanda. El duque de Yorck, no pudiendo soportar por mas tiempo la presencia de sus tropas desmoralizadas, abandonó el ejército y lo dejó al cuidado de Walmoden y de Harcourt. El Estatuder pidió en vano la paz ó un armisticio: no pudiendo sostenerse en Gorcum su postrera esperanza, se despidió de los Estados y se embarcó para Inglaterra. El rey de Prusia, fatigado

(1) La artilleria francesa habia comenzado á tirar contra el puentè volante que mantenia las comunicaciones de la plaza con el ejército británico. La parte inglesa de la guarnicion, decaida de ánimo, en cuanto llegó la noche, se dió prisa á recomponer el puente y á evacuar la plaza, dejando á las tropas holandesas el cuidado de guardarla. No hallándose estas últimas con fuerza suficiente para mantener la fortaleza, al rayar el alba dispusieron retirarse en las barcas. Los franceses se arrojaron entonces á los muros, y el terror de los ingleses, salvos ya en su campamento, fué tan grande, que asestaron sus baterías y tiraron sin piedad contra los tristes barcos donde huian los de Holanda. A la vista de tal conflicto, el general Souham, mas humano con los enemigos que los ingleses con sus propios aliados, mandó hacer fuego contra aquellos, é hizo surtir nuevos barcos mas ligeros para salvar á los fugitivos de una muerte cierta. Tales ejemplos sobrepujan con mucho el deplorable acaecimiento de Figueras.

ya de aquella guerra desastrosa, comenzó á pensar seriamente en la necesidad de una paz; muchos príncipes del imperio explicaban ya sin rebozo sus deseos de ver el fin de aquella lucha que amenazaba la seguridad comun de la Alemania. Solo el Austria que no podia mirar sus pérdidas sin asombro, se esforzaba para alargar la guerra y afanaba con los ingleses por mantener los nudos de la coalicion que la fuerza de los sucesos trabajaba por desatar en todas partes.

Cierto no fué la España la primera en romper aquellos nudos que empezaban á hacerle mal. Ni las desgracias ajenas, ni las propias la abatieron. No era tiempo para nosotros de hacer la paz mientras la coalicion no quebrase en otras partes, y mientras esta paz no fuese, sobre segura, honrosa, apoyada en las armas y deseada por la Francia, no propuesta ni rogada. Nuevos recursos, nuevos esfuerzos, nuevos sacrificios prepararon la tercer campaña.

CAPITULO XXIV.

De la tercer campaña en 1795, hasta fines de junio.

Unos en odio mio y otros por ignorancia ó por olvido de la misma historia contemporánea, han tratado de desastrosa nuestra tercer campaña, la mejor